

- Rosa Inés Floriano

Bueno muchas gracias, me honra mucho esta invitación y como sé que el tiempo apremia, voy a limitarme a compartir algunas de las lecciones aprendidas en el caso colombiano, tratando de no repetir muchos de los aprendizajes que ya han surgido aquí en las personas que han antecedido. El concepto de paz territorial en Colombia empezó como una búsqueda espontánea en los territorios históricamente marginados, muy apartados del centro del país, donde la violencia era como el pan de cada día, pero a partir de esa búsqueda llegaron a un acuerdo grupos de interés, sociedad civil, las iglesias empresarios del territorio que también eran muy azotados por la violencia. Y en esa búsqueda tratan de identificar que podría ser una propuesta desde ellos, esa búsqueda se convirtió luego en un clamor y es justamente la paz que no se va a construir desde el centro del país, no se va a construir desde los escritorios de quienes fabrican las leyes y las políticas públicas, sino desde acá de los territorios que hemos padecido esta historia de violencia y de tanta victimización. Hoy hablar de paz territorial ya no es un tema ajeno para nadie, ya es, no solo, un concepto; sino que es una experiencia absolutamente reconocida y validada no solamente por el gobierno nacional en el actual marco jurídico para la paz, sino por la misma comunidad internacional que ha sido como nuestro gran aliado.

Digamos que justamente este concepto de paz territorial nos permitió transitar de la idea histórica de que el problema de violencia en Colombia era un problema de guerrillas y el gobierno que no sabía cómo controlarlas y por lo tanto tenía que fortalecerse militarmente para acabar con esa plaga a entender que el problema era de todos.

Yo personalmente soy de la generación de colombianos que nació en un país ya en guerra, que no tuve la opción de elegir y sin embargo, pues he dedicado mi vida a la construcción de la paz. Pero cuando se llegó el momento de una esperanza real de hacer una transición hacia la paz con este acuerdo de La Habana, a mí me costó imaginarme a mi país en paz.

Y eso también es un aprendizaje, realmente mientras más tiempo permitimos como sociedad que los espirales de violencia se prolonguen, más tiempo nos va a costar, sobre todo a las generaciones que nacen en estas realidades, tan siquiera imaginar que podría ser pero no tenemos un referente de donde prendernos para imaginar un país distinto, así es que la invitación es que es ustedes tienen todavía una gran oportunidad, que seguramente les va implicar aprovechar lecciones recurridas ya por otros, por otras sociedades.

Y bien después de llegar a esto, nos damos cuenta que el concepto de paz territorial no es un único concepto, es como una vasija vacía, que en cada territorio, sus propios conflictos, las lecturas de sus realidades, su cultura, su economía va llenando el sentido. Lo que si hemos podido ir entendiendo es que hay una forma que cuidar y ahí es donde realmente hay que aprender a hilar finito. Y ahí es donde quiero poner un poco yo el énfasis de mis aportes. Porque hablamos de la importancia de sentar a muchos, muy diversos a dialogar, eso sobre el entendido de que tenemos que construir un concepto territorial de paz que sea incluyente, participativo.

Pero es que llegar a sentar a gente tan diversa, tan lastimada por la violencia, tan dividida y polarizada por política y además tan dividida por sus intereses económicos sobre el territorio, también requiere una forma especial de hacerse. Requiere aprendizajes metodológicos, requiere aprender a construir espacios seguros para el sano debate, porque es que llegamos a contextos tan violentos donde expresarse diferente eso es colgarse una lápida al cuello. Y ahí tenemos el caso de Colombia que sigue contando cifras de líderes sociales asesinados

en la total impunidad. Y cambiar eso toma su tiempo, porque pasa por toda una cultura que ha sido aprendida en el mismo marco de la violencia.

La desconfianza es un mecanismo de supervivencia, y eso no se desmonta con una política, no se desmonta, nos toma tiempo desmontarla. Ahí hay que hacer todo un trabajo, nosotros logramos identificar tres nichos que nos parecen muy importantes y que hoy están transversalmente planteados en todo el modelo que intentamos construir de paz territorial en Colombia. Primero necesitamos recuperar el tejido social, es que con estos niveles de polarización y de desconfianza es muy difícil avanzar hacia un proyecto, hacia una visión compartida. Y por eso incluso hasta empezar construyendo una visión de futuro deseado; nos resultó más práctico y viable, que empezar por diagnósticos, porque los diagnósticos nos dividían más.

Entonces empezar a construir imaginarios nuevos está bien, porque no sabemos cómo fue Colombia cuando tuvo paz en algún momento, pero por lo menos tratemos de imaginarnos cómo nos gustaría que fuera, y sobre ese imaginario colectivo, vamos avanzando en construir visiones compartidas en medio de todas nuestras diferencias. Y entonces empiezan a surgir como unos mínimos comunes para esto que terminan llevándonos a consensos.

La primacía de la vida, no es por la vía de la violencia y de las armas como la paz se conquista. Empezaron a surgir y así fueron territorialmente dándose formas, formas distintas. En Colombia tenemos por lo menos ya unos veinticinco programas de desarrollo y paz, que intentan ser este tipo de experiencias, pero yo no puedo decir que una sola forma es exactamente igual a la otra.

Es más, cuando se intentó volver eso una receta, lo que fue llamado entonces “laboratorios de paz”, fracasaron. No funciona como modelo. Intentar hacer recetas no funciona. Entonces realmente es ir construyendo esa filigrana que recupere el territorio, hacer de cualquier pretexto, cualquier proyecto aún de desarrollo alternativo, aún de superación de las emergencias, cualquier cosa que nos ponga a trabajar con otros, debe ser el escenario que intencionalmente lo modifiquemos para empezar a recuperar relaciones entre nosotros.

Entonces hoy estamos viviendo esas transiciones, ¿cómo pasamos de las épocas en que la población se dividía entre víctimas y victimarios? Hoy confluyen ambos en un mismo lugar, en un mismo territorio que son las zonas estratégicas de pacificación o reincorporación.

Dónde están los excombatientes que dejaron las armas y las comunidades que los han acogido. Ahí están las víctimas y ahí están los victimarios, pero ya esas dos categorías ya no pueden seguir vigentes.

Ahora necesitamos construir una nueva categoría que es la vecindad.

Segundo nicho, el segundo nicho es la recuperación necesaria, indispensable y vital de la relación entre ciudadanía, sociedad civil y estado. Necesitamos recuperar a las instituciones para los ciudadanos, y en ese sentido nos ha sido muy útil recuperar la expresión “hay que transformar a las instituciones pero no en contra de ellas, caminando con ellas”.

Y necesitamos construir un vínculo funcional que haga funcionar, para que los derechos se materialicen y en ese sentido, no podemos seguir teniendo como ciudadanos una postura de beligerancia, donde el estado se vuelve como el enemigo, sino que necesitamos aprender a caminar colaborativamente, pero esto implica optar por el reconocimiento aprender a dialogar entre iguales. Porque ¿quiénes están en las instituciones? pues son ciudadanos también,

que ostentan un servicio público y que fundamentalmente tienen que aprender a reconocer al ciudadano como su par, con el cual está obligado a construir soluciones efectivas.

Pero eso implica capacidades del lado de los funcionarios y capacidades del lado de los ciudadanos. En todo caso, trabajar en gobernanza nos ha exigido aprender a reconocer cuáles son esos temas que nos hace tan difícil un debate franco, sincero, respetuoso pero también bien informado. En un contexto tan polarizado como el colombiano, esto es un desafío mayúsculo. Sin embargo ahí creo que es clave reconocer que es una construcción que se va dando en lo local primero, porque en la medida que el ciudadano siga viendo a las instituciones con desconfianza, pero además con enojo y con escepticismo, le está poniendo en bandeja de plata a las instituciones al crimen organizado para que las coopte y las ponga a su servicio, porque la criminalidad necesita a las instituciones para garantizar su impunidad.

Y en ese sentido, es cuando entendemos que necesitamos desmontar esas relaciones perversas y torcidas, que la vía corrupción ha ido logrando estas estructuras criminales, cooptándose al estado y el ciudadano volver a ocupar los espacios reales de participación y recuperar, bajo la lógica de una relación colaborativa con las instituciones.

Y el último punto, es justamente la importancia de resignificar el territorio desde esa confluencia de visiones, porque es que ya no podemos decir, por lo menos en Colombia, donde la guerra hizo una reforma agraria pero a la inversa, y además también hizo una reforma demográfica. Ya no podemos decir esto es territorio afro, tenemos en todos los territorios como en un costal, a la fuerza un sancocho de desarraigados; es decir, la gente que fue desarraigada de sus territorios y obligada para proteger y salvar su vida a irse a vivir a un territorio donde no tenía nada que ver con ellos.

Entonces necesitamos reconstruir la visión sobre el territorio, volver a construir nuevos vínculos con él, incluso resignificando lugares, porque también la violencia usó, marcó, a través de las masacres de forma muy perversa, marcó el territorio para decir “aquí mando yo”. Hoy la comunidad tiene que hacer ejercicios de recuperación del territorio.

Esos tres nichos, se convierten como los tres pilares sobre los que nosotros estamos comprendiendo la construcción de paz territorial en Colombia, y hoy están siendo llevados a política pública con un ente que administra un poco eso, recogiendo alguno de los elementos que han salido aquí. El tema de la temporalidad es clave, si esto lo dejamos en manos de un actor que es tan transitorio como un gobierno de turno, ahí estamos condenando a morir una buena política o un buen proceso.

Esto tiene que quedar en manos de actores que garanticen mayor temporalidad, mayor permanencia en el tiempo. Por eso el papel de la sociedad civil es tan importante, como salvaguarda. Y por eso se llegó a la formulación, a la construcción de un Consejo Nacional de Paz que integra amplios sectores de la sociedad civil y el estado para que juntos construyan la política nacional de paz y reconciliación.

Ahí yo siento que en este momento esas lecciones aprendidas de las últimas tres décadas, de estas experiencias territoriales hoy confluyen en una política que ya podemos decir es una política de estado, y prueba de ella es que ante dos gobiernos tan distintos como el saliente y el actual, no se pudo ir abajo; eso, eso es lo que logramos que fuera una política de estado y no una política de gobierno.